

V Semana de Cuaresma

Martes

Lecturas bíblicas:

a.- Núm. 21, 4-9: La serpiente signo de salud y perdón.

En la primera lectura, el pueblo de Israel se queja, como muchas veces en su travesía por el desierto, esta vez por la carencia de alimentos y agua (v.5). A las penalidades del desierto, como el cansancio, el hambre y la sed, se agregan los peligros de serpientes y escorpiones, animales venenosos (cfr. Dt. 8,5; Is.14,29; 30,6). Yahvé, educador en la fe de su pueblo, les envía precisamente serpientes venenosas, para exhortarlos al arrepentimiento, por haber hablado contra ÉL, y su enviado Moisés. El pueblo reconoce su pecado y Moisés intercede, la respuesta de Dios es el perdón y la serpiente de bronce, un signo, con el cual sanaba sus picaduras. Bastaba mirar la serpiente de bronce y recobrar la salud. Mirado desde fuera y a la distancia de siglos nos parece un rito mágico, pero Dios se valió de ese signo para encaminar al pueblo de Israel a la fe. En ello tenemos el dato de las serpientes del desierto, la creencia de virtudes curativas de la serpiente, vestigios del culto que la serpiente tenía en Oriente, como dios de la salud sobre todo en Canaán (cfr. Sb. 16,6); será el rey Ezequías quien suprima el culto que todavía daban los israelitas a la serpiente de bronce en el templo de Jerusalén (cfr. 2Re. 18,4); griegos y romanos, la veneraban como Esculapio o Asclepios y a su templo en Epidauro, acudían enfermos de toda Grecia a escuchar su oráculo, buscando salud. Aquí la serpiente, sin ese halo divino, simplemente remonta a Yahvé providente con su pueblo, la mirada se dirige a Dios que sana con su poder, el que supera al otro aspecto de Dios que castiga la falta cometida, por medio de la mordedura de las serpientes. Ella aparece como principio de muerte, pero a su vez de sanación y de vida, que se convierte en fe en el Dios que más allá del juicio hacer resplandecer su gracia y misericordia. Moisés sube a Dios y ora por su pueblo, para descender con el perdón y la vida. Juan en su evangelio, relacionará la serpiente de bronce, con la Cruz de Cristo, para obtener, vida eterna (cfr. Jn. 3, 14).

b.- Jn. 8, 21-30: ¿Quién es Jesús? Yo soy.

El evangelio nos presenta, qué significa que Jesús sea luz del mundo. Cuando Jesús se marche los judíos no lo podrán seguir, lo buscarán, pero no lo encontrarán, porque ellos no lo podrán seguir. Se revela la necesidad de los judíos y de toda la humanidad, de Jesús como luz del mundo y de la vida (v.12). El rechazo de esa luz, les impide ir donde Jesús se dirige, a la muerte por amor a los hombres, no por

suicidio. Jesús sabe a dónde va, dar la vida, pero ellos no aceptaran un Mesías crucificado, buscan su propia gloria, no estarían dispuestos a dar la vida por el pueblo. Jesús inicia su éxodo, pero ellos no abandonarán su posición. Jesús revela lo que le ha oído al Padre, hace lo que le agrada, lo que impide a los que lo rechazan salir de su pecado, entendido como oposición al proyecto salvífico de Dios. La lejanía de Dios, salir de ese pecado, se resuelve con creer el: "Yo soy" de Jesucristo, que es la clave para comprender este evangelio. Yo soy que se refiere a Yahvé (cfr. Ex. 3,14; Dt. 39,39; Is.43,10; 45,18; Jn.6,20). Afirmación muy fuerte que viene a significar, que a quien denomina Padre se expresa en ÉL, se encuentra en ÉL; Jesús sería, figura de Yahvé que los hombres pueden contemplar en ÉL. La reacción de los judíos, es preguntarle por su identidad: ¿Quién eres tú? (v.25). Jesús remite a su experiencia profunda del Padre, que se muestra veraz en ÉL, lo que habla al mundo, es lo que ha oído al Padre (vv.25-26). Como percibe su incredulidad les remite ahora a su exaltación, cuando el Hijo del Hombre sea elevado, lo que implica la crucifixión y resurrección en la mentalidad del evangelista Juan, entonces sabrán quien es "Yo soy" (v.28). En el fondo, les anuncia que los acontecimientos salvíficos, de los que serán testigo, les hará reconocer como Hijo de Dios, Hijo del Hombre, el Yo soy. En esa hora el Padre está con Jesús, no lo abandona, (v.29), según Juan. El Padre resplandece en la vida de Jesús, que la entrega en la cruz, para la salvación del mundo, momento en que la gloria de Dios, alcanza su mayor manifestación. El Padre se hace presente para confirmar cuando el Hijo es levantado quién es Yo soy (v.28). Si bien fueron muchos los que creyeron en Jesús, la adhesión, era más bien intelectual, un consentimiento efímero, pero Jesús no se fiaba de ellos (cfr. Jn. 2, 23-35). Se puede concluir, que mientras no se viva el amor al prójimo, habiendo renunciado a la injusticia, no se es verdadero discípulo de Jesús, no se ha comprendido su evangelio. Mirar a Jesucristo, crucificado y resucitado, es para escucharle imitarle para obrar como ÉL, entrar en su intimidad con el Padre, nuestro Padre desde ÉL, hacer lo que a ÉL le agrada. Dar la vida como ÉL por el prójimo. Progreso, avance en la entrega mutua, entre Dios y el hombre, signo de sana vida espiritual.

San Juan de la Cruz nos sitúa en dos planos: junto al árbol de la caída de nuestros primeros padres, Adán y Eva, y junto al árbol de la Cruz, donde la vida empieza: "Esto es, debajo del favor del árbol de la cruz, que aquí es entendido por el manzano, donde el Hijo de Dios consiguió victoria, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguientemente a cada alma, dándole él gracia y prendas en la cruz; y así, dice: Allí conmigo fuiste desposado. Allí te di la mano" (CB 23, 3).

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD